

CAPITULO GENERAL 2017
Cuarta Conferencia

Seguir adelante

En el contexto eclesial, cultural y sociopolítico mencionado en nuestra conferencia anterior, se nos plantea una pregunta urgente: ¿qué significa la fidelidad en la actualidad y cuál es el papel de la Tradición ante estos nuevos desafíos? Su reflexión de capítulo las invita a avanzar hacia el futuro sin perder de vista sus referencias inspiradoras.

Los sociólogos y antropólogos suelen decir que las mujeres son las garantes de los valores de la cultura y espiritualidad de un pueblo. Ellas son responsables de transmitir las tradiciones en su calidad de primeras pedagogas y acompañantes de sus hijos e hijas a lo largo de sus vidas. Pero esta visión podría llevarnos a creer que las mujeres, debido a su función, son conservadoras, mientras que los hombres están, en cambio, a cargo de explorar lo inédito.

Y esto, evidentemente, no es así, en lo absoluto. Las mujeres preservan y construyen el futuro con y a través de sus hijas e hijos, mientras que, muy a menudo, lo que hemos denominado anteriormente el egoísmo masculino tiende, por miedo, al conservadurismo. Por tanto, el dilema consiste en unir Tradición y audacia por lo nuevo, sin ubicarlas, ingenuamente, en polos opuestos.

Cuando las santas mujeres decidieron ir al sepulcro, su intención y su iniciativa se inspiraban en la Tradición. En primer lugar, ellas respetaron el Sabbat, aunque debieron sentirse impacientes. Pero, por sobre todo, ellas querían rendir al cadáver de Jesús los honores que la Tradición impone.

Sin embargo, esta inspiración no carecía de audacia y de apertura a lo imprevisto. A sabiendas de que la piedra imposibilitaba el acceso al cadáver, ellas apuestan por la imposible novedad de la resurrección, sin saber, no obstante, lo que esto significaba con certeza. Su fidelidad a la Tradición es la fuente de su apertura a la novedad.

En esta cuarta reflexión me encantaría contemplar este tándem con ustedes, porque seguir adelante solo tiene sentido si sabemos de dónde venimos.

I Ruptura de la continuidad y crisis de la Tradición

Nuestra época se caracteriza por una pérdida progresiva del sentido e incluso del simple conocimiento de la Historia. Nuestros contemporáneos sufren un grave complejo de Adán y una grosera y reprobable ignorancia. Pareciese como si todo comenzase hoy, como si el pasado no hubiese existido nunca o como si, en cualquier caso, fuese completamente inútil. Pero esta ignorancia consciente es causante de gran parte de los males de la actualidad. Nos revolcamos en el lodo justo después de estar limpios, tal como los cerdos de los que habla la Biblia.

Estamos en proceso de repetir los fatales errores que nos llevaron a dos guerras mundiales. Bien podríamos, si no tenemos cuidado, llegar a justificar los exterminios de Auschwitz. Tal como decía el poeta, “nada está asegurado”. Podemos perfectamente, tal como sucede hoy, retroceder 100 años en los logros de la humanidad: los derechos humanos, el respeto a las minorías y las diferencias, e incluso, la globalización. Este regreso al pasado, disfrazado de salir adelante, halla su explicación, lamentablemente, en la ignorancia de la Historia y la ruptura de las correas de transmisión del humanismo universal.

Pero esta ignorancia y esta ruptura de continuidad se expresan también a través de una intensa tentación conservadora que consiste en petrificar una etapa de la Historia, aquella que conviene a nuestros intereses y los de nuestro grupo, para erigirla como el absoluto exclusivo. Este dogmatismo retrogrado es, además, racista y mortalmente particularista. El regreso a los populismos y nacionalismos del pasado es un signo inquietante de ello.

La verdadera Tradición, por el contrario, se enmarca en el corazón del movimiento continuo de la Historia, en el que, la sabiduría y la creatividad se abrazan como dos amigas inseparables. Nosotras-os, y todos los seres humanos de hoy, debemos volver a aprender a ser herederas y herederos. Transmitamos la experiencia del pasado para entregarla, recreada y reinventada, a las nuevas generaciones.

¿Cuál es entonces el secreto de las mujeres del evangelio para “seguir adelante” manteniéndose fieles a la Tradición dinámica de su pueblo? Los evangelistas afirman en varias ocasiones que las mujeres “hablaban entre ellas”, pero también que ellas “contaron” a los discípulos lo que habían visto y escuchado. Incluso cuando sus compañeros no dieron crédito a estos “parloteos de mujeres”, para ponerlo en palabras de los amigos de Emaús, son ellas, en definitiva, quienes tenían la razón.

El secreto ha de buscarse en el arte de la narración. La Tradición entera se construye a partir de testimonios contados y transmitidos de generación en generación, luego de muchos ajustes y transformaciones. La fe se arraiga necesariamente en la narración, en el testimonio vivido. Y es en este sentido, justamente, que nuestra época de “todo virtualmente” tiene graves carencias.

En el mundo de las redes en tiempo real solo se contempla al sí-mismo en lo inmediato. Se pierde totalmente el sentido de la continuidad, de la dinámica del tiempo y de su evolución. Estamos atrapadas-os en el engaño voluntario de nuestros *selfies*. Y olvidamos que somos parte de una oleada inmensa e irresistible que nos precede y nos sobrevivirá.

Existe, no obstante, un bello espacio de narración en nuestro mundo posmoderno, y es el cine. Más allá de la sencilla, y a menudo estúpida, diversión embrutecedora, el cine se ha convertido en testigo y guardián de la humanidad emergente. Los grandes cineastas avanzan hacia adelante contándonos historias de forma clara e inequívoca, historias que nos hablan de nosotras-os mismas-os y nos despiertan de nuestra hipnosis. La fe deberá, tal como hizo

en el pasado, reconciliarse con estos discursos cinematográficos que hacen Tradición, muy a menudo a contracorriente, para así abrirnos a los riesgos y oportunidades del futuro.

II La fidelidad como reveladora de la esperanza inédita

La pérdida del sentido de la Historia y de la Tradición conduce también al actual desprestigio de la fidelidad, no solo en la Iglesia, sino en todos los espacios de la sociedad. Ya sea en los vínculos afectivos o en los compromisos éticos, profesionales y políticos, la coherencia de la vida con los compromisos proclamados parece ser cada vez más relativa. ¿Qué tanto nos afectan estos convenientes cambios de tema, en diferentes momentos de nuestras vidas? De esto se lamenta con frecuencia el papa Benedicto XVI cuando habla del relativismo galopante que sufre nuestra sociedad.

Y, sin embargo, nunca antes se ha “teatralizado” tanto las celebraciones de los pseudocompromisos. Ya no es el contenido ni las consecuencias asumidas en estos compromisos, lo que importa (su duración es, por cierto, irrisoria), sino más bien las apariencias y la imagen proyectada. El narcisismo efímero de nuestra civilización solo se equipará a la inmensa fragilidad de los vínculos humanos.

Ante esta profunda crisis de las fidelidades, solo una reconciliación con la acción de la gracia y la alabanza podrían resucitar en la memoria creyente el recuerdo de las maravillas de Dios. La fidelidad, en términos cristianos, tiene que ver, en primer lugar, con la fiabilidad de Dios. Las obras de Dios en la Historia de la Salvación, pero, sobre todo, en nuestras propias historias personales y colectivas, son el fundamento de nuestras apuestas por la esperanza y de nuestras elecciones a largo plazo.

Muchas personas, en la actualidad, piensan que ya no hace falta elegir, sino disfrutar en lo inmediato, antes de que se produzca la gran catástrofe anunciada. Todo compromiso parece insignificante, incluso risible, “anticuado”. ¿Tendremos todavía el valor para engendrar y, en consecuencia, acompañar la vida vulnerable hacia su futuro? Esta pregunta es válida tanto para las parejas como para nuestra Vida Consagrada, y para los compromisos asumidos en responsabilidades sociales, profesionales y políticas.

En cambio, somos muy proclives a reclamar, exigir y reivindicar por todo y por nada, irguiéndonos cual jueces únicos y concluyentes (a menudo implacables y crueles) de toda realidad, evitando a toda costa, eso sí, mover un dedo al respecto. ¿Acaso no nos inclinamos más a pedir, e incluso reclamar a Dios, en lugar de dejarnos llevar por un agradecimiento desinteresado?

“Seguir adelante” implica necesariamente volver a tomar conciencia de la responsabilidad por nuestros actos, nuestros gestos y nuestras palabras. Lo queramos o no, y esto también lo decía el poeta, “nuestros besos nos persiguen desde lejos”. En esta toma de conciencia es importante también reconciliarse con la persistencia, con el tiempo, tan desperdiciado en la actualidad. La fecundidad depende absolutamente de la persistencia. Quizás podemos

satisfacer nuestros caprichos en tiempo real, inmediatamente. Pero engendrar exige persistencia, paciencia e implicación de todo nuestro ser en favor de aquello que nacerá, de aquello a lo que consentiremos gradualmente, permitiendo que la vida nos sorprenda.

La sorpresa de la esperanza no cae del cielo. Se abre paso a través de la tierra, a través de nuestros esfuerzos conjugados y la acogida de la gracia con confianza. Y en este desafío de la fidelidad (fuente de la esperanza), el fracaso y el pecado no son raros. Desde la lógica cristiana, estos no bastan para romper el compromiso. Por el contrario, con misericordia renovada, Jesús nos invita a renacer del Espíritu. A mi parecer esta es la intuición subyacente a la bella exhortación postsinodal *Amoris Laetitia* del papa Francisco, especialmente en lo referente a las personas divorciadas y vueltas a casar.

Seguir adelante implica recuperar la confianza en nosotras-os mismas-os, en Dios y en los demás, y a partir de esta confianza recuperada, crear de nuevo una fidelidad posible y necesaria más allá de las numerosas deserciones comprobadas en estos últimos años.

III Hacer Tradición.

A menudo identificamos Tradición con tradicionalismo y no hay nada más errado. Por el contrario, en nuestro proceso de seguir adelante en medio de la obscuridad de estos tiempos, la Tradición, y su encarnación en la fidelidad, expresan la coherencia vital y la obstinación de la fe. La persona creyente que contempla el horizonte de su esperanza se apoya en su experiencia vivida, ya sea personalmente o a través de los suyos, en el corazón de su Iglesia y de su pueblo, junto a Dios.

Contrariamente a los dogmas “definidos y cerrados”, la Tradición da testimonio de lo inacabado de la fe, de su dimensión mística, siempre aproximativa y, no obstante, vivida en lo más profundo, siempre en espera impaciente por la sorpresa de Dios en la corriente de la Historia.

La dinámica de la fe se anima necesariamente a partir del diálogo entre Tradición e Historia. Debemos reconstruir incesablemente en ese diálogo, pero no por azar. Desde luego, muy a menudo, a la luz de los nuevos desafíos, de lo inédito de la Historia, deberemos cuestionar la Tradición, recrearla nuevamente y, en todo caso, reinterpretarla. Pero esto se dará siempre en un diálogo creativo. La Tradición es un proyecto siempre inacabado, imperfecto e incluso inestable, abierto en cualquier caso. Esa es su razón de ser. Como revelación comunitaria progresiva permanente, de orden místico, es decir, experiencial, nos pone constantemente en guardia contra las tentaciones de los dogmatismos petrificados.

En su obra magistral sobre la esperanza, el filósofo ateo, judío y comunista (!), Ernst Bloch habla del “déficit de la acción” como motor de la esperanza. En el lenguaje de la persona creyente, este es el sentido de la Tradición. En ella se encarna la acción del Espíritu y de la comunidad a lo largo del tiempo. Pero esta acción, siempre deficitaria, abre la puerta a la esperanza, a lo que Bloch llama el “sueño despierto”.

A vísperas de un capítulo general en el que deberán tomar grandes decisiones que atañen a su futuro como congregación y afectan a cada uno de sus miembros, su audacia (su sueño despierto, como diría Bloch) dependerá de su memoria y de su fidelidad creativa.

En este momento ustedes se encuentran en proceso de hacer Tradición. Ustedes reciben el regalo heredado de las hermanas que las han precedido, para continuar el camino con este legado bajo el brazo y en sus corazones. Ustedes sumarán, a su vez, a este legado, todos sus carismas propios, su “capacidad de Dios”, tal como decían San Juan y Santa Irene, es decir, la inteligencia creativa de su fe.

Seguir adelante significa dar testimonio de la convicción arraigada en su Tradición, y también acoger, respetar y beneficiarse de otras Tradiciones, especialmente y en principio, de las Tradiciones de sus hermanas provenientes de otras culturas o de otras generaciones.

No tengan miedo de caminar por caminos nunca antes recorridos. Estos caminos las conducen ahí donde ningún otro camino conocido podría llevarlas. No teman “hacer camino al andar”, tal como decían Joan Manuel Serrat y Antonio Machado. Pero que esta audacia esté guiada por la buena brújula de la Tradición. Sin ella se perderían con total seguridad.

Sé que este no es un discurso espontáneo entre nosotras-os, e incluso resulta un poco sospechoso. Es verdad que en la euforia del Concilio, perdimos de vista en ocasiones nuestro pasado espiritual. Rehacer la Tradición no es algo evidente hoy en día. No conseguimos comprender la austeridad de los salmos, por ejemplo, y preferimos la levedad anecdótica de los textos contemporáneos sin profundidad, que nos resultan agradables al oído pero no llegan a convertirnos. Debemos tener valor para comer alimento sólido, tal como dijo San Pablo, y dejar de lado el suero de leche de los recién nacidos.

Acudan a la fuente que no se seca: ¡Jesús! Él nos sacia en la larga travesía por el desierto donde nos esperan los hombres y las mujeres de hoy. Ellas y ellos también tienen sed de esta fuente que, sin embargo, no conocen. Sean exigentes. No se contenten con *fast food* pseudoespiritual barata, tan común entre los religiosos y religiosas de la actualidad. Este tipo de alimento no nos nutre ni nos prepara para el hambre y la sed que nos espera, porque no proviene de nuestras reservas más seguras y profundas.

IV Un proceso pedagógico

Desde hace ya varios años, me permito insistir sobre la urgencia de volver a tejer la trama deshecha del pueblo de Dios. Una de las razones de la profunda crisis de la Iglesia en la actualidad ha de buscarse, precisamente, en esta ruptura de continuidad de la que hablamos hace un momento.

Sueño que la Vida Religiosa y, por tanto, su congregación, retome su misión de tejedora de lazos entre la institución, hoy aislada en sus intransigencias de otra época, y un pueblo creyente, perdido en el desierto de este mundo y en búsqueda de sentido. Esta tarea fue el

origen de nuestras fundaciones, en especial en aquellas congregaciones donde la misión se proyecta “ad gentes”. Actualmente estas “gentes”, los paganos, ya no están en la Amazonía ni en los bosques tropicales de África central, sino justo entre nosotras-os, en nuestras comunidades y ciudades.

Ante esta exigencia de sentido, nuestra Vida Religiosa se encuentra, a menudo, en una situación delicada. En efecto, nosotras-os también, sin darnos cuenta, nos hemos distanciado de las expectativas del mundo de hoy, para responder cada vez más a las expectativas de la institución eclesial. Nos hemos vuelto especialistas en discursos que nadie comprende y, lo que es peor, en discursos que ya nadie cree, a menudo ni siquiera nosotras-os mismas-os.

El tema de la Salvación, por ejemplo, tan recurrente en nuestros discursos, es uno de esos tópicos sin interés, al menos tal como nos acostumbramos a presentarlo. Cielo e infierno ya no interesan a nadie hoy en día. Lo que nuestros contemporáneos esperan de nosotras-os, es una propuesta creíble de felicidad y espacios de construcción de sentido. La felicidad y la búsqueda de sentido son las prioridades de un mundo que vive en confusión. Es ahí donde debemos invertir. El verdadero sentido de la Salvación pasa, en primer lugar, por estos territorios.

Propongo entonces un camino de regreso a nuestras inspiraciones y carismas fundadores y, a la vez, de disolución de nuestros contratos implícitos con los deseos de la Iglesia institucional. Debemos elegir entre seguir jugando pasivamente el rol de correa de transmisión de la doctrina, o volver a ser tejedoras-es de porvenir en el deshecho pueblo de Dios. Entre ser testigos del estatus quo o comunidad de resurrección.

Esto constituye un proceso de conversión de nuestra Vida Religiosa, que comienza por el regreso a las fuentes de nuestra Tradición, tal como dijimos anteriormente. De ese modo, ya reconectadas-os con lo nuestro, con lo que nos da vida en profundidad, deberemos aprender a interpelar, tanto a la Iglesia como al mundo, y a dejarnos interpelar por todas esas nuevas cuestiones que surgen en todas partes.

Esta interpelación recíproca nos llevará entonces a reaprender el arte del cuentista, el arte de la narración-parábola fecunda y creativa de la que hemos hablado anteriormente. Esta tarea comienza en nuestras propias comunidades, entre nosotras-os. ¿Nos atrevemos a contarnos historias mutuamente, esas bellas historias de nuestra fe y de nuestro camino tras los pasos de Jesucristo en el día a día? Apaguemos por un momento nuestros televisores y nuestras computadoras, para dedicarnos a la búsqueda de sentido y de felicidad que Jesús nos propone en su Evangelio.

Posteriormente, deberemos tener el valor de la crítica y de la autocrítica. En nuestra Iglesia de “retórica enrevesada”, la crítica no está bien vista. Se debe a menudo adoptar el lenguaje “correcto” incluso si no creemos o hemos dejado de creer en él. Ha llegado el momento de abandonar este hábito nefasto que consiste en proteger siempre a la Iglesia, incluso a costa

de la verdad o de la moral. Este fue por mucho tiempo el caso con el drama de la pedofilia o de los descontrolados financieros. Jesús, en toda su misericordia, era extremadamente crítico con lo que él llamaba hipocresía. En este mundo hipercrítico y, hay que decirlo, no siempre acertado, no se cree ni se acoge a una religiosa que solo se “conforme”.

En este camino que llamo pedagógico, podremos, entonces, consagrarnos a la transformación, o dicho en lenguaje cristiano: a la conversión, de nuestras mentalidades, de nuestras relaciones y de nuestra acción. Pero esta transformación-conversión no se realizará a menos que se inscriba en el continuo de los procesos que acabamos de examinar: El regreso a las fuentes, la interpelación originada en una curiosidad espiritual y humana universal, la práctica del arte de la narración de parábolas, el aprendizaje del deber de la crítica y la autocritica al servicio de la creación y de la novedad.

Desde la llegada del jazz y de otras formas de creación artística, sentimos un gran aprecio por el don de improvisar. El propio Dios es un maravilloso improvisador ya que, en una creación e Historia inacabadas, Él reinventa constantemente su obra para hacerla viable, a pesar de todos los obstáculos impuestos sobre ella por la imprevisible humanidad.

Pero esta improvisación no tiene nada que ver con el amateurismo y diletantismo que caracterizan muy a menudo nuestro trabajo pastoral. Los grandes improvisadores, por el contrario, están en total y profunda posesión de su técnica, la afinan y la completan constantemente para poder proyectar con ella esta imaginación creativa convincente. En los grandes conciertos románticos, el autor dejaba siempre un paréntesis que el solista, luego que la orquesta callaba, aprovechaba para improvisar a su manera hasta que llegase el momento en que decidía volver a embarcarse con la orquesta y con la partitura escrita.

Sí, debemos improvisar la fe, sus lenguajes, sus espacios, sus noches y sus exigencias. Pero solo podremos hacerlo si estamos curtidas-os, si dominamos nuestra propia técnica, teológica, mística y práctica. La improvisación fecunda que su comunidad se alista a instaurar en este capítulo, solo será posible si ustedes, cada una individualmente y como comunidad, son a la vez solistas profesionales y orquesta sinfónica afinada y potente. Los frutos dependerán de la tierra en la que hemos plantado el árbol y de la fiabilidad de este último.

El escriba del Evangelio que saca lo viejo y lo nuevo de su tesoro es el paradigma de esta sabiduría improvisadora que nos debe inspirar. Mantenernos en lo “viejo” nos convertiría en un museo o en una refrigeradora. Confiar solo en lo “nuevo” nos convertiría en peligrosos aprendices de hechicero. Improvisar la vida, la fe, la oración y la misión requiere la sabiduría audaz y la libertad prudente del escriba.

Simón Pedro Arnold, OSB